

MEGAN McDONALD



# JUDY MOODY

Y LA FIESTA DE TÉ REAL

Ilustraciones de Peter H. Reynolds

Lectulandia

**¡Brillante! ¿Podrían los Moody realmente tener sangre real? Judy nos trae este nuevo episodio sobre los altibajos de explorar un árbol genealógico.**

Judy Moody está de un humor Púrpura Real. Con la ayuda de su abuela Lou, ha desenterrado pruebas de que algunos antepasados Moody vivían en la antigua Inglaterra y, si las notas de su abuelo son correctas, ¡Judy incluso podría ser familia lejana de la propia reina! Pero cuando las ramas del árbol genealógico de Judy se sacuden un poco más, surgen algunas sorpresas. ¡Caramba! ¡Ahora Judy tiene algunos secretos de la familia real que le gustaría mantener escondidos en algún calabozo!

Megan McDonald

# **Judy Moody y la fiesta de té real**

**Judy Moody - 14**

ePub r1.0

Titivillus 16.09.2022

Título original: *Judy Moody and the Right Royal Tea Party*

Megan McDonald, 2018

Traducción: Darío Zárate Figueroa

Ilustraciones: Peter H. Reynolds

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Para Karen Lotz y mis  
amigos de Walker Books al  
otro lado del charco.

M. M.

Para una reina y su princesa,  
Donna Gath Criswell y  
Sharon Marie Gath.

P. H. R.

Judy Moody



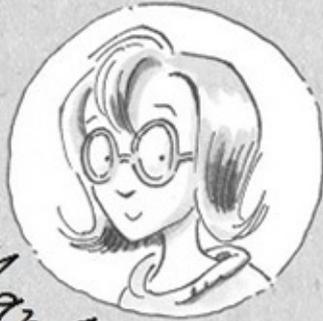
Su Alteza Real,  
Judy Mudeye Moody

Quién



Papá

Rey Richard Moody



Mamá

Reina Kate la Grande



Stink

Sir Piernas Cortas

# es Quién



Jessica Finch

Real GuardaSecretos



Mudeye

Trece Veces Tatarabuelo



Abuela Lou

Real Portadora del Zafiro Moody



Lady Philberta Fich

Cuidadora de los Pájaros Reales

## Digno de una reina

Judy Moody había sido la Doctora Judy. Había sido Judy Moody la Monarca y Madame *M* de Moody. Había sido detective y marciana. Incluso, una foto de su famoso codo había aparecido en el periódico.

Sin embargo ella, Judy Moody, nunca había sido reina. Ni siquiera Abeja Reina del concurso de deletreo. Ni siquiera Reina por Un Día en el salón de belleza *Consiénteme*, como mamá y la abuela Lou. Nunca había dormido en una cama *queen size*, ni se había sentado en una silla estilo Reina Ana. Nunca había comido pastel de reina inglesa, o visto siquiera una hormiga reina.

De hecho, en sus ocho años de vida no había sido NADA regia.

¡Hasta ahora!

Judy estaba haciendo un árbol para su clase de ciencias sociales. No era un árbol con hojas. No era un árbol con bellotas. ¡Era un árbol genealógico! Un árbol con abuelas y abuelos, tías y tíos y primos.

La abuela Lou vino a ayudar. Trajo muchas fotos y papeles viejos. Tenía gráficas y calendarios y listas de nombres y fechas, escritas con caligrafía antigua.



—¿Qué es todo esto? —preguntó Judy.

—Tu abuelo Jack rastreó a la familia Moody hasta tu trece veces tatarabuelo. ¿Sabías que eres familiar de un Moody que estuvo en el *Titanic*?  
Judy se enderezó en su silla.

—¿Ese barco gigante que se hundió? Lo vi en el *Gran libro de desastres* de Stink.

—Ese mismo. Cuando el barco chocó contra el iceberg, el joven Moody, antes de morir, ayudó a otras personas a subir a los botes salvavidas 12, 14 y 16.

—Guau —dijo Judy.

—Y si retrocedes aún más en el lado Moody de la familia, hasta la época de la reina Isabel I, tienes un primo británico. El apellido Moody significa «valiente», y ese sujeto sí que lo era. Según la historia, rescató a un prisionero de la Torre de Londres.

—¿La Torre de Londres? —preguntó Judy—. ¿Te refieres al castillo donde guardan todas las joyas?

—Sí, pero también la usaban como prisión.

—Entonces, ¿mi primo rescató a alguien de la Torre de Londres? —Judy no podía creer lo que escuchaba—. ¿Quizás rescató a una princesa! ¿Qué tal si él era príncipe? Eso significa que era pariente de la reina. ¡Así que mi primo era de la realeza!

Judy se cayó de su silla. Eso era una gran noticia. Una ENORME noticia. Tenía sangre real. ¡Tal vez ella, Judy Moody, era pariente de una reina!

¡CHÉVERE!

¡No podía esperar a contárselo a Tori! Tori era su amiga por correspondencia, y vivía en Londres. ¡En Inglaterra! ¡Donde vivía la reina! Tori sabía todo sobre la reina de Inglaterra. Probablemente ya había ido a tomar el té en su casa.

En su palacio, mejor dicho.

Hablando de té, la abuela Lou fue a poner la tetera. Judy tenía que escribirle a Tori cuanto antes. Subió corriendo las escaleras y tomó su lápiz Gruñón.

Judy se dio un pellizco. No se sentía diferente. Era la misma Judy de siempre.

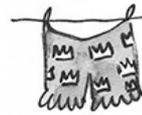
Tal vez si se ponía algo púrpura...



Querida Tori:

Larga historia corta: ¡Acabo de enterarme de que soy pariente de una reina! Tal vez ahora logre

atravesar el océano y subir a esa rueda de la fortuna, el Ojo de Londres. ¿Qué se puede ver desde ahí? ¿El Big Ben? ¿El Puente de Londres? ¿El Palacio de Buckingham, donde vive la reina? Apuesto a que se ve toda la ciudad, incluso la ropa interior real colgada detrás del palacio. Ja, ja.



¡Escribe pronto y cuéntame cosas sobre la reina!  
¡Gracias!

Amigas por correspondencia por siempre:  
Judy Moody

Las reinas visten de púrpura. A Judy le encantaban todas las cosas púrpuras. Tenía un títere de mono, un anillo del humor y una cuerda para saltar de ese color.

Toda una pared de su habitación estaba pintada de púrpura.

—Es el color de la realeza, Mouse —le dijo Judy a su gata—. ¡Reyes y reinas y princesas, santo cielo!

Judy esponjó una almohada púrpura.

—Siéntate aquí, Mouse. Ahora eres una gata real. Solo piénsalo: ser pariente de una reina es como... como si *tú* fueras pariente de una leonesa.

Mouse se metió bajo la alfombra.

—Mouse, te nombro Cazadora de Ratones Real.

Judy tomó su bata de baño púrpura y suave, que estaba colgada detrás de la puerta, y se la echó sobre los hombros como una capa. ¡Su manto real! Además, toda reina necesitaba un mechón de pelo púrpura. Se pintó con aerosol púrpura zombi.

¡Bri, o sea bri-llan-te!

Judy buscó en el fondo del armario y sacó una corona de cartón de la Casa Real de la Pizza. Bastaría con unas cuantas joyas autoadheribles para ponerla muy elegante. Se puso un collar de dulces, como si fueran invaluable perlas. ¡Ñam!, se comió un dulce púrpura.



Judy Moody sacó su regla de Mujeres Famosas al Mando. Cleopatra. Amina. Lili'uokalani. Reinas, reinas y más reinas. No solo princesas. Reinas de Egipto. Emperatrices de China. Reinas de Inglaterra. Tal vez, incluso, reinas emparentadas con su tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tatarabuelo. ¡Trece veces abuelo!

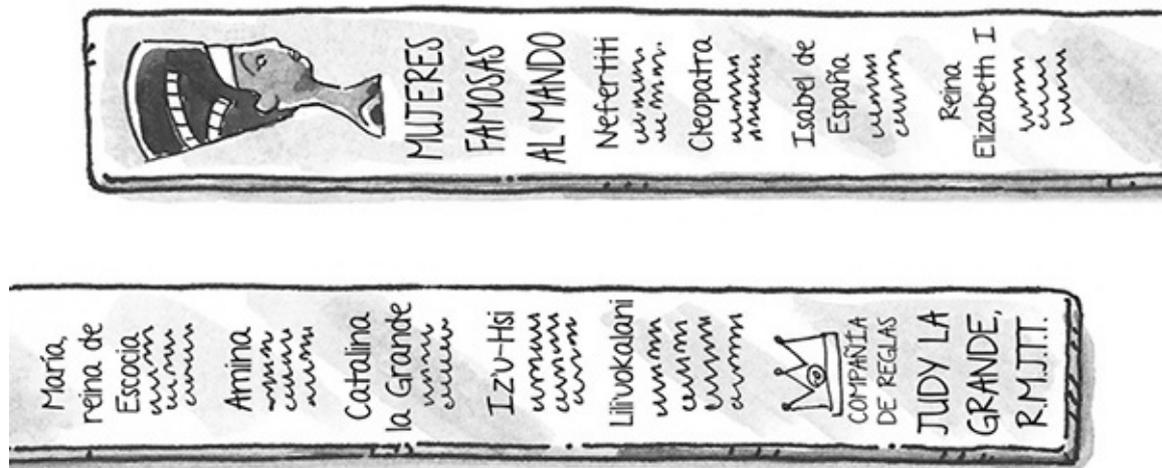
Ella, Judy Moody, imaginó que tomaba su lugar en esa regla. Escribió su nombre, Judy la Grande, junto a Catalina la Grande, Isabel de España y Nefertiti. ¡A un lado, reina Isabel I! Abre paso a Judy Moody, la R. M. J. T. T.: Reina Más Joven de Todos los Tiempos. Oh, espera. María, la reina de Escocia, fue reina a los seis días de nacida. La regla de Mujeres Famosas al Mando no mentía.

María, Reina de los Bebés.

*Pero aun así...*

Judy se enderezó e irguió su cabeza. Se puso la corona de cartón, que destellaba con sus joyas autoadheribles. Sujetó su regla de Mujeres Famosas

al Mando como un cetro. Practicó atravesar la habitación con un estilo ligero y elegante, como una reina.



Se sentó en su trono (o sea, el asiento de la ventana) en la Casa Real Moody. Se reclinó, cerró los ojos, y se convirtió en reina.

Ella, Judy Moody, reina de Moodovia, vivía en un castillo con setenta y ocho baños con bañeras con forma de cisne. Tenía siete mil cuadros famosos, una sala de cine, y su propia máquina de hacer dinero, sin mencionar las joyas de la corona. Nadaba todo el día en la piscina real, jugaba con los perros reales, y hacía piruetas en los jardines del palacio entre fuentes de chocolate.

¡Se sentía como si estuviera en la cima del mundo, sobre el Ojo de Londres, vestida de púrpura real!

¡Judy no podía esperar a contárselo a su profesor, el señor Todd! Su árbol genealógico iba a ser el mejor en la historia de su grupo de tercer grado. Estaba claro, sin la menor duda.

## *Querida Su Majestad*

Judy Moody se sentía más púrpura que una princesa. ¡Como una reina! Bajo sucama, encontró la camiseta color púrpura real que le habían enviado directo desde Inglaterra. Tenía una corona dibujada y decía TRANQUILÍZATE Y SIGUE ADELANTE. Judy sacó su mejor marcador permanente y añadió COMO UNA REINA.

Su corazón se aceleró. ¿Tranquilízate y sigue adelante? ¿Cómo podía tranquilizarse cuando acababa de descubrir que era pariente de una reina?

Judy no podía esperar a escribirle a la reina para darle la buena noticia. ¡No podía esperar a decirle que eran casi primas!

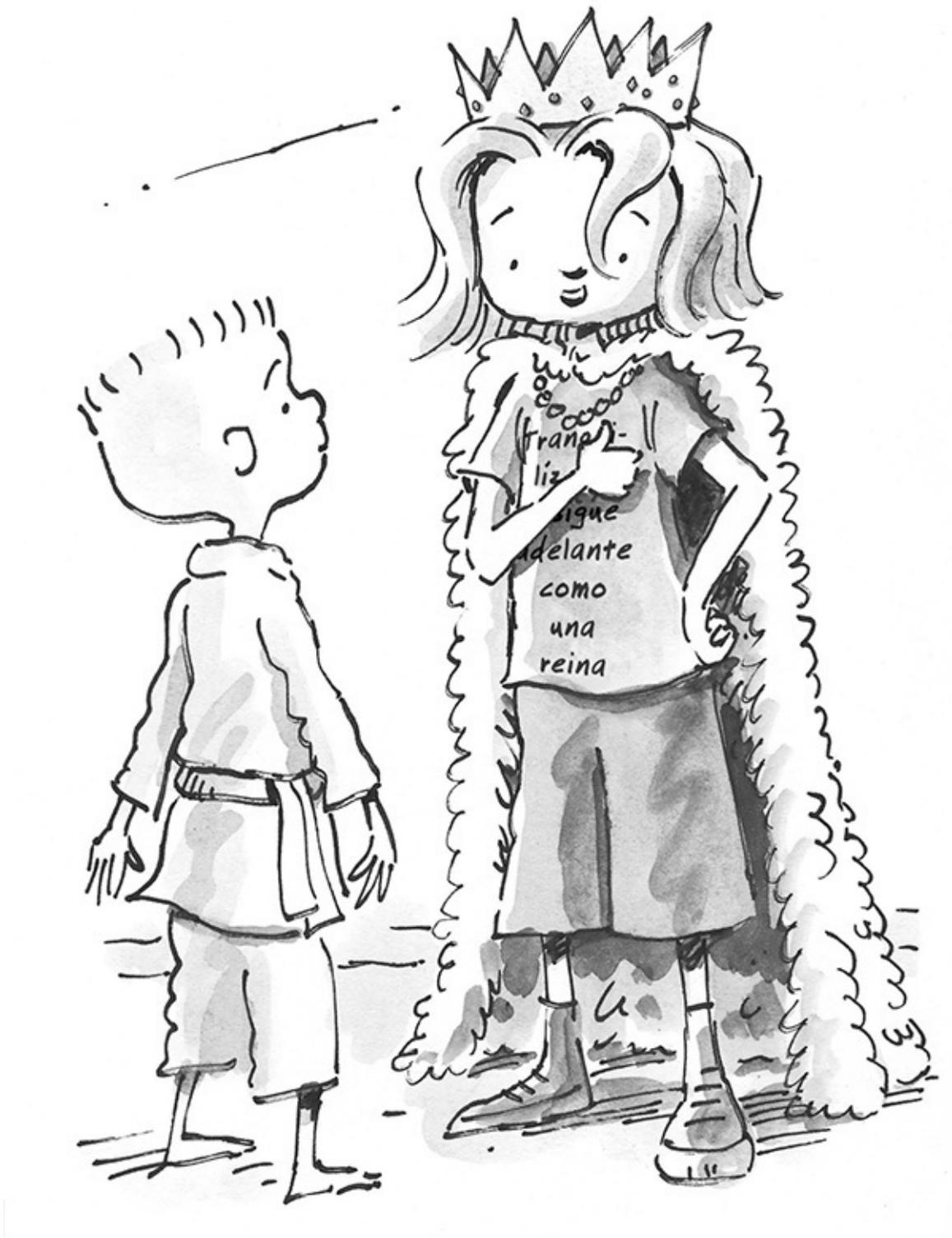
Stink volvió de su clase de karate.

—¿Por qué tienes el pelo púrpura? ¿Es baba de caracol, o estuviste usando mis cosas de zombi?

—Stink, adivina qué. ¡Soy prácticamente una reina! Pregúntale a la abuela Lou.

—La abuela Lou tuvo que irse a casa —dijo Stink.

—Bueno, pues ella me contó que nuestro apellido se remonta a la vieja Inglaterra, y que soy pariente de la reina Isabel I. ¡No miento!



—A las reinas les cortaban la cabeza. No gracias.

—Para tu información, una reina vive en un castillo, bebe té y juega *Monopolio* todo el día y da órdenes a la gente y tiene todos los perros que quiere. Y no tiene que hacer tarea. Nunca.

—Pues si tú eres de la realeza, entonces yo también.

—Sí, eres *realmente* molesto.

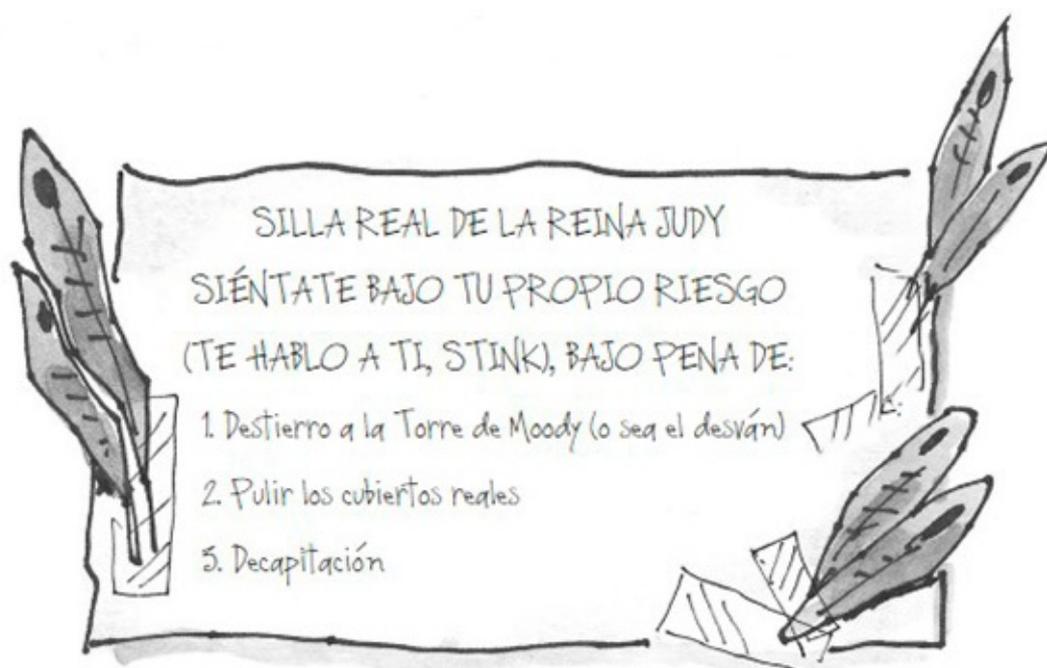
—Ja-ja-ja-ja —dijo Stink.

—Quisiera tener seis monedas por cada vez que te ríes así, Stink.

Antes de que Judy tuviera la oportunidad de empezar a escribir su carta para la reina, su mamá la llamó a comer. Judy hizo una cola de pavo real de cartulina y la pegó con cinta al respaldo de una silla de la cocina.

—A partir de ahora, esta será la silla real. Como un trono. Solo yo puedo usarla.

Colgó un letrero en el respaldo de la silla.



Judy se sentó en su trono.

—Mamá, papá, necesitamos hablar.

—Oh, no —dijo mamá.

—Oh, no —dijo papá—. ¿Qué hicimos ahora?

—Como ahora soy de la realeza, debo tener dos cumpleaños. El cumpleaños de la reina es en abril, igual que el mío, pero tiene otro cumpleaños en verano, con una gran fiesta.

—Creo que ya sé hacia dónde va esto —dijo papá.

—Podríamos celebrar mi cumpleaños de verdad en abril. Luego, en verano, podríamos hacer una segunda fiesta gigante con desfile y fuegos artificiales y paseos en *pony* y un castillo inflable. ¿Dije fuegos artificiales? Tal vez hasta podríamos disparar un cañón. ¿Qué dicen?

—¡Entonces yo también tendré dos cumpleaños! —dijo Stink.

—Creo que un cumpleaños es suficiente para una niña de ocho años —dijo mamá.

—¿Ni siquiera si nos olvidamos de la idea de disparar un cañón? —preguntó Judy.

—Ni siquiera así —dijo papá.

Judy se hundió en su trono.

—¿Al menos podemos hacer esa cosa de los colores?

—Creo que se llama desfile del estandarte —dijo mamá.

—¿Qué es eso? —preguntó Stink.



—Ondeeas un montón de banderas —dijo Judy. Levantó una banderita británica y la agitó con desgano—. Si no puedo tener dos cumpleaños —continuó—, ¿qué tal una niñera? Alguien como Mary Poppins, que me enseñe cosas. Podría venir a vivir con nosotros, y la llamaría Missy cantaríamos todo el tiempo y tomaríamos el té en el techo y volaríamos con su paraguas. Digo, su sombrilla.

—¿Quién sabe? —dijo mamá—. Tal vez el viento del este traiga una mágica niñera inglesa hasta el 117 de la calle Croaker.

—Bueno, bueno —dijo Judy—. Pero ¿al menos podemos comer «*jam pennies*»? ¿Esos sándwiches pequeñitos sin las orillas del pan? Es lo que come la

reina cuando toma el té.

—¿Qué tiene de genial ser pariente de una reina? —preguntó Stink—. Digo, no es que vivamos en un castillo ni nademos en un foso, ni nada.

—Ni nada —dijo Judy—. Pero tuvimos un primo de la realeza que estuvo encerrado en la Torre de Londres, Stink. No miento.

Stink se enderezó en su silla.

—¡Espera! ¿Qué?

Papá explicó:

—Hace mucho tiempo, el apellido Moody era Modig. En algún momento, se escribió Mudeye. Tu abuelo Jack lo rastreó hasta la Torre de Londres, pero no sabemos exactamente por qué estaba ahí.

—¡Mudeye Moody! —dijo Stink—. Oye, suena a nombre de pirata. ¿Qué tal si tuvimos un primo que fue un pirata de verdad? Apuesto a que una reina malvada lo encerró en la torre porque no quiso darle todo su botín.

Stink subió corriendo las escaleras y volvió con su parche de pirata en el ojo.

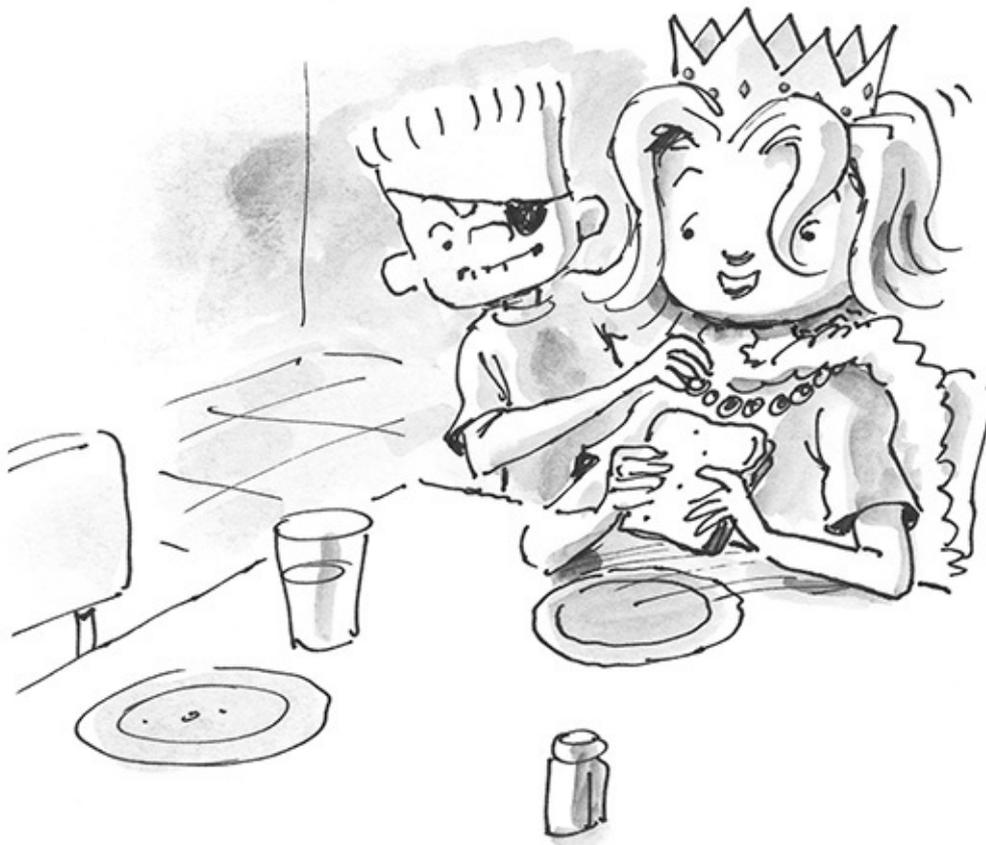
—¡Al abordaje, camaradas! Entrega tus tesoros —dijo, y fingió robar el collar de dulces de Judy.

Judy apartó su silla real de la mesa.

—Tengo que escribir una carta. Digo... Debo ponerme al día con mi correspondencia real.

—Suena oficial —dijo mamá.

—¡Lo es! Le escribiré a mi prima, la Reina de Inglaterra, para decirle quién soy —Judy buscó en la taza de lápices que estaba sobre la mesa de la cocina—. ¿Dónde está mi pluma púrpura? Todas las cartas a una reina deben estar escritas en tinta púrpura.



—No entiendo por qué el púrpura es el color de los reyes y las reinas — dijo Stink—. ¿No saben que viene de la baba de caracol?

—Eso no es verdad —dijo Judy.

—Lo vi en el Canal de Historia. Cuando inventaron el color púrpura, lo obtenían de baba de caracoles marinos.

—A veces sabes cosas muy raras, Stink.

—¡Gracias! —dijo Stink.

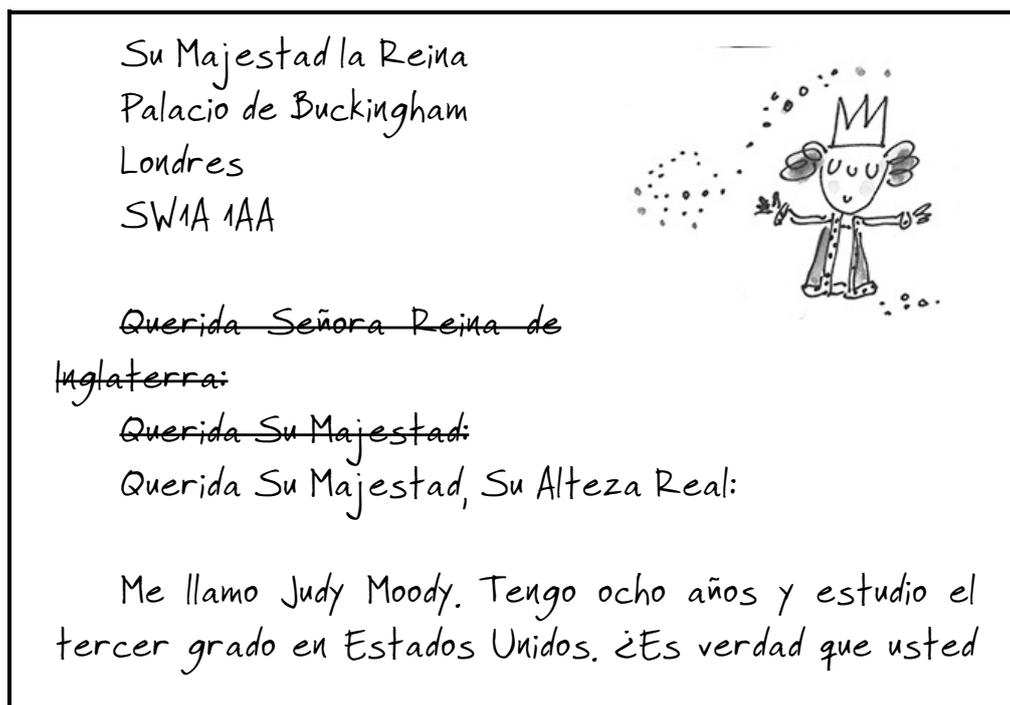


Arriba, en su habitación, Judy abrió la caja con todas las cosas que Tori le había enviado desde Inglaterra.

Una tetera. La película de *Shaun la Oveja*. Una goma de borrar del Puente de Londres, y otra del Big Ben. Una bandera británica. El juego del Metro de Londres. Un libro para colorear de *¿Dónde está Wally?* Una colección de sobres de azúcar.

¡Voilà! Judy no solo escribiría una carta a la reina. También le enviaría un sobre de azúcar. Un sobre de azúcar para su té. Un sobre de azúcar con la bandera británica.

Judy hizo una bomba con su chicle, y masticó esta pregunta: *¿Qué se le dice a una reina?* Finalmente, arrancó una hoja de su cuaderno. Una carta a la reina debía lucir elegante. La adornó con un poco de diamantina y dibujó una reina.



tiene DOS cumpleaños? Yo solo tengo uno, y es el 1 de abril. ¡No es broma! Mi maestro es el señor Todd, y estamos haciendo árboles genealógicos. ¿Adivine qué? ¡Descubrí que somos parientes! ¡No miento! Pensé que le gustaría saberlo. Tengo un hermano llamado Stink (también conocido como sir Apestoso) y una mamá y un papá y una abuela Lou. Ella tenía un fantasma en su cuarto de cachivaches, pero resultó ser un instrumento viejo, una batería. Me gusta tocar la batería y leer a Nancy Drew y pertenezco al Club Si te Orina un Sapo. A veces me pongo de mal humor. Tengo una gata llamada Mouse y una Venus atrapamoscas llamada Mandíbulas.

¡Basta de mí! Tengo algunas preguntas para usted:

1. ¿Es buena para deletrear? Yo N-O.
2. Verdadero o falso: Le gusta comer pastel de anguila.
3. ¿Puede ordenar que alguien le consiga una bola de nieve a mitad del verano?
4. ¿Cuántos sombreros tiene?
5. ¿Su corona es pesada?
6. ¿De verdad puede cambiar una bujía?
7. Escuché que le gustan las carreras de palomas. Salúdeme a su ave, Rayo de Sandringham.
8. ¿Cómo se siente estar retratada en un sobre de azúcar?
9. ¿Alguna vez ha montado una mula? (Es el cruce entre un caballo y una burra). Yo sí.



Está bien si no puede responder todas mis preguntas, pero tal vez su Dama de Llaves pueda (leí que tiene catorce). Si no puede responder todas, por favor responda la 2 y la 5. Sé que escribe cartas a las personas que cumplen cien años, pero espero que me escriba antes de eso, ¡porque no puedo esperar 92 años!

Firma purpúreamente desde el otro lado del charco,  
La humilde prima no-pirata de Su Majestad,

Judy Moody 

PD: Disculpe si no debo hablar de mulas en una carta a la reina



## Realmente molesto

La semana siguiente, los alumnos de Tercero T tuvieron una hora entera de biblioteca cada día, para trabajar en sus árboles genealógicos. Judy dibujó las ramas de su árbol con su regla de Mujeres Famosas al Mando, y recortó notas autoadheribles con forma de bellotas.

—Mi árbol genealógico va a tener solapas —Judy les dijo a Rocky y Frank—. Al levantar cada bellota, podrán saber sobre la persona que está debajo.

—¡Genial! —dijo Frank, que estaba haciendo un árbol de Navidad de cartón para su genealogía. Rocky estaba colgando fotos familiares en la rama de un árbol de verdad.

El señor Todd se acercó a mirar.

—Buen trabajo —dijo—. Muy creativos.

—¿Qué pasará cuando terminemos? —preguntó Judy.

—Cada uno podrá contarle al grupo un dato curioso de su historia familiar —dijo el señor Todd—. Luego colgaremos nuestros árboles en la biblioteca.

—Como un bosque de árboles genealógicos —dijo Judy—. ¡Guau!

Jessica Finch se acercó a la mesa de Judy.



—Me equivoqué —dijo—. ¿Alguien tiene una goma de borrar?  
Judy le mostró su goma del Puente de Londres y la del Big Ben.

—Elige una. Pero no la uses toda. Son como las joyas de la corona de mi colección de gomas.

—Usaré la rosa —dijo Jessica.

*Por supuesto.*

—No olvides devolverla —dijo Judy. A veces, Jessica Finch era una M. L. G. Malvada Ladrona de Gomas.

—Miren esto —dijo Rocky mientras mostraba una vieja foto—. Es mi tatarabuelo. Buscaba oro en la mina de Cripple Creek.

Judy entrecerró los ojos para ver la foto.



—¿Qué está haciendo?

—Em... Está filtrando arena del arroyo para buscar oro, o haciendo sopa. Frank asintió.

—Yo tengo un antepasado de la Edad Media que vendía peras o tal vez perlas.

—¿O sea que pudiste haberte llamado Frank *Pera*?

—¡Ya sé! —dijo Frank, riendo—. Y tengo otro bisabuelo que estuvo en el famoso naufragio del *Lusitania*.

—¡Igual que yo! —dijo Judy—. Yo también tengo uno que estuvo en un famoso naufragio. ¡Se hundió con el *Titanic*!

—El mío escapó en un bote salvavidas —dijo Frank.

—Eso es bri —dijo Judy.

—¿Eh? —preguntaron Rocky y Frank al unísono.

—Quiere decir «brillante» —dijo Jessica—. Es como «chévere». Así se dice «excelente» o «increíble» en Inglaterra.

—No se asombren —dijo Judy—. Verán, mi árbol genealógico viene de Inglaterra. Tori, mi amiga por correspondencia, me enseñó palabras graciosas de allá. Vive en Londres.

—Veo Londres, veo Francia... —dijo Frank.

—¿En serio? —preguntó Judy, sonrojada, y revisó si se le veía la ropa interior.

—¡Te hice mirar! —dijo Frank.

—Bien jugado —dijo Judy.

—Será mejor que vayas al retrete a revisar —dijo Jessica—. Por si acaso.

—¿Al retrete? —preguntó Rocky.

—¿El qué? —preguntó Frank.

—El baño —susurró Judy.

Judy se miró en el espejo, de frente y de espaldas. ¡Uff! No se le veía la ropa interior. Se sacudió restos de goma de borrar de su camiseta de TRANQUILÍZATE Y SIGUE ADELANTE. *Un momento. ¿Cómo sabía Jessica A. Finch tantas cosas británicas?*

Judy volvió a sentarse en la mesa. Se aseguró de que Jessica pudiera oírla.

—Mitátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tatarabuelo era pariente de una reina. La reina Isabel Primera de Inglaterra. Solo piénsenlo: tal vez fue hermano real de la reina o algo. Probablemente lo puso a cargo de las joyas de la corona en la Torre de Londres. ¡Así que todos ustedes están mirando a una reina!

Rocky colgó otra foto en su rama. Frank se arrancó pegamento seco de la mano.

—Hey, miren, estoy cambiando de piel.

—¡Hola! ¿No entienden? Tengo sangre real. Soy pariente de la Reina de Inglaterra. Podría invitarme a una pijamada en su palacio o algo.

—Genial —dijo Rocky.

—Genial —dijo Frank.

—Quieren decir *chévere* —dijo Jessica, dándose la vuelta. La fisgona. La entrometida.

—Chicos —dijo Judy—. ¡Estamos hablando de castillos, fosos, el Big Ben, el Palacio de Buckingham, la Torre de Londres!

Frank puso los ojos como platos.

—¿Te refieres al lugar donde a toda esa gente... le cortaron la cabeza? —dijo Rocky, trazando una línea imaginaria en su cuello.

—Sip. Ahí están guardadas las joyas de la corona: algunos de los diamantes más grandes del mundo. Y antes había un zoológico con leones y tigres y un oso polar y caimanes y unas cien víboras de cascabel. Todavía hay seis cuervos que vigilan la torre en todo momento.

—Y tenían una leona llamada Isabel —dijo Jessica.

Judy se quedó boquiabierta. ¿Cómo sabía eso Jessica la Sabelotodo?



—¿Qué? —dijo Jessica—. Te oí hablando de la torre de Londres. Y bueno, cuando la leona murió, todos pensaron que la reina Isabel iba a morir también. Pero supongo que ya sabías eso.

*¿Jessica Abeja Reina del Deletreo Finch también sabía sobre reinas?*

Judy extendió la mano.

—Mi goma. ¿Me la devuelves, por favor?

—¿Te refieres al borrador? —dijo Jessica, y se la devolvió. Dos de las torres del puente estaban desgastadas. A veces, Jessica A. Finch era bestial.

—El Puente de Londres va a caer —dijo Rocky.

## El zafiro del humor

El sábado, Judy pegó una bandera británica a su puerta.

—La reina pone una bandera cuando está en el palacio. Así que si ves esta bandera, Stink, significa que estoy en mi habitación.

Sonó el timbre.

—¡Judy! —exclamó mamá desde el piso de abajo—. ¡Llegó la abuela Lou!

Judy quitó la bandera y bajó corriendo.

—¿Abuela Lou? —dijo—. ¿Qué haces aquí? —le dio un fuerte abrazo a su abuela—. ¡Auch! —exclamó. Había sentido un aguijonazo y se apartó para ver qué era lo que la estaba pinchando.

Judy no podía creer lo que veían sus reales ojos verdes. Su real boca quedó muy abierta.

La abuela Lou tenía puesto un largo suéter peludo color púrpura real. Al frente brillaba un pavo real. No era cualquier pavo real. Tenía todos los colores del océano y una cola hecha de joyas. Y ahí, en el centro de su cola, estaba la joya más radiante, más destellante, más resplandeciente que Judy había visto en su vida.



Era tan azul como la Estrella de la India. Era tan verde como la Esmeralda Patricia. Destellaba tanto como el Diamante Hope. La joya de la corona de la Casa Real Moody, justo ahí, en su sala.

*¡In-cre-í-ble!*

—¿Qué pasa, querida? —preguntó la abuela Lou.

—Tu broche de pavo real —dijo Judy—. Es como esas joyas elegantes de la corona de la reina. ¿No debería estar en un museo o algo?

La abuela Lou rio.

—¿Este vejestorio? Lo encontré cuando buscaba el escudo Moody para ayudarte con tu proyecto del árbol genealógico —se lo quitó y se lo ofreció a Judy para que lo viera—. Solo es bisutería. Creo que lo compré en un bazar cuando estuve en el Cuerpo de Paz en la India.

—Es como esas joyas famosas que Stink y yo vimos en esa sala de rocas, en el Museo de Historia Natural.

Stink bajó las escaleras a saltos.

—¡Déjenme ver! —exclamó, y se abrió paso junto a Judy—. Guau —dijo en un susurro.

—Parece una estrella que cayó del cielo —dijo Judy.

—¿Sabían que la Estrella de la India es el zafiro más grande del mundo? —dijo Stink—. Tiene como mil millones de años de edad. No miento.

—Interesante —dijo la abuela Lou.

—Y la Esmeralda Patricia es una enorme piedra verde, y tiene doce lados, y le pusieron el nombre de una chica.

—Me encantaría verla algún día —dijo la abuela Lou, y le entregó una carpeta a Judy—. Solo pasaba para dejar estas imágenes del escudo de la familia Moody. Tal vez te den algunas ideas.

—¿No te quedarás? —preguntó Judy.

—Hoy no, querida. Voy a llevar a Pugsy a jugar al parque.

La abuela Lou puso el broche de pavo real en la sudadera de Judy.

—Os lego esta gema, Su Alteza Real, Judy la Grande.

—¿En serio? ¡Espera a que Tori se entere!



Judy y Stink analizaron el pavo real con atención.

—Zafiros, esmeraldas, y un diamante para el ojo. Debe tener mil millones de años —dijo Stink.

Judy iluminó la piedra más grande con una linterna.

—Mira cómo cambia de color con la luz. ¡Como mi anillo del humor!

—Es un zafiro del humor —dijo Stink.

—¡El Zafiro Real Moody! ¡Es brillante! A las reinas les encantan los pavos reales, ¿sabes? Son un símbolo de la realeza, Stink. Tal vez este

perteneció a una reina.

Los ojos de Stink destellaron como gemas.



—¿Y si era parte del botín secreto de Mudeye Moody? Tal vez lo escondió en una isla desierta y luego, cuando escapó, lo desenterró.

—¡Sí! Y luego recorrió los siete océanos del mundo, y el mono de un pirata le robó el pavo real. Pero el mono lo tiró al mar y un pez se lo tragó.

—¡Y luego lo encontraron dentro del pez! —dijo Stink, batiendo palmas.

—Entonces, tal vez así fue como llegó a un bazar en la India, donde la abuela Lou volvió a encontrarlo cientos de años después —dijo Judy—. ¿Quién iba a saber, cuando empecé mi árbol genealógico, que encontraríamos las joyas de la corona Moody?

La habitación quedó en silencio. Un silencio de fascinación.



—¿Sabes qué necesita esto, Stink? Un sitio de honor. Un lugar especial y seguro donde podamos admirarlo cuando queramos.

—¿Como un museo Moody?

—Exacto —dijo Judy—. Sígueme, Stink. Tengo una idea *realmente* genial sobre cuál podría ser ese lugar seguro.

Judy se adelantó mientras se dirigían a la carpa del Club Si te Orina un Sapo, en el patio trasero. Sujetó la joya de la corona de la Casa Real Moody a una elegante almohada, y la puso en el sitio de honor, en el centro de la carpa.

—Contemplad el Zafiro Real Moody.

Judy y Stink estaban pasmados. Estaban deslumbrados, como si vieran la Estrella de la India, contemplando la joya de la corona de la Casa Real Moody.

Después de observar la deslumbrante joya un minuto entero —que se sintió como dos semanas—, Judy rompió el hechizo dándole un tirón al brazo de Stink. Lo condujo fuera de la carpa.

—Párate ahí, Stink. Eres oficialmente un miembro oficial de la guardia oficial de la reina.

—¿Lo soy? ¿De verdad?

—Es oficial —dijo Judy.

Stink comenzó a encorvarse. Se rascó la cabeza. Hundió la punta del pie en la tierra.

—Párate derecho, Stink. Deja de moverte —Judy le puso un sombrero de copa en la cabeza—. Este será tu uniforme, como el que usan los guardias de la Torre de Londres.

El sombrero le cayó sobre los ojos a Stink.

—¡No puedo ver! —dijo riendo.



—Quédate quieto. Los guardias de la reina no se mueven. Apenas parpadean. Y definitivamente no se ríen.

—No moverme. No reírme. Entendido —dijo Stink, con una risita.

—Estás riéndote ahora mismo, Stink. Este es un trabajo muy importante. Tú tienes las llaves y proteges las joyas invaluable.

Le contó a Stink sobre la oficialísima Ceremonia de las Llaves, y le dijo qué decir.

—¡Alto! ¿Quién llega? —dijo Stink.

—¡Las llaves! —dijo Judy.

—¿Las llaves de quién?

—Las llaves de la reina.

—Pasen las llaves de la reina. Todo está bien —dijo Stink.

—¡Genial! —dijo Judy—. Ahora recuerda, Stink: pase lo que pase, te quedas aquí y montas guardia. ¿Está bien?

Stink asintió.

—¡Nada de asentir! —dijo Judy.

Stink se quedó quieto como estatua. Trató de no parpadear.

—¡Adiós! —se despidió Judy mientras volvía a la casa. Comió una banana. Leyó *La trompeta del cisne*. Jugó al escondite con Mouse. Dibujó un casco de caballero sobre el emblema Moody. Dibujó plumas de pavo real alrededor del escudo. Dentro del emblema, dibujó un pirata, una corona, un barco y una leona.

Pasaron segundos. Minutos. Una hora. Judy le escribió una carta breve a Tori. Vio un poco de tele, jugó tres en línea con Mouse, se puso la pijama y se preparó para ir a la cama. Se quedó dormida de inmediato.

—Hey, ¿alguien por ahí? —dijo Stink, sin mover la cabeza—. ¿Cuánto tiempo tengo que quedarme aquí afuera parado?



## *Pedos de pez y canciones de cisne*

La mañana siguiente, Judy estaba cavando en la tierra alrededor de la carpa de Si te Orina un Sapo.

—¿Qué haces?

—Excavo.

*Puf, puf, puf.*

—¿Para qué?

—Estoy cavando un foso alrededor de la carpa de Si te Orina un Sapo, Stink.

*Puf, puf.*

—¿Por qué?



—Para proteger las joyas de la corona Moody. *Alguien* tenía que montar guardia afuera de la carpa. *Alguien* tenía que cuidar el Zafiro Real Moody. Pero *alguien* abandonó su puesto.

—*Alguien* tenía hambre —dijo Stink—. Y estaba cansado.

—Los guardias reales no duermen, Stink. Ni comen.

Le dio una pala. Stink empezó a cavar. *Puf, puf.*

—En el foso estarán todos los peces reales.

—¿Peces reales?

—A la Reina de Inglaterra le encantan los animales. Ha tenido más de treinta perros de palacio en su vida. Y *todos* los peces de las aguas de Inglaterra le pertenecen.

—¿De verdad? —dijo Stink, y cavó un poco más. *Puf, puf, puf.*

—De verdad. Incluso le pertenecen todos los cisnes del Támesis.

—¿Y las ballenas?

—Sí. También. Y las marsopas y los delfines y...

—¿Qué hay de los atunes?

—*Todos* los peces, Stink.

—¿Hasta el *sushi* apestoso? —preguntó Stink.

—Hasta el *sushi* apestoso.

Stink dejó de cavar. Tiró su pala al suelo.

—Ya me cansé de cavar.

—Pero casi no has...

—Voy a casa de Webster, a jugar a la lucha con pulgares.

—Bueno —dijo Judy—. ¡Pero cuando vuelvas a casa todo sudado, no creas que vas a nadar en mi foso!



Cuando Stink volvió de la casa de Webster, corrió al patio para ver el foso. Judy estaba tendida boca abajo, mirando un charco.

¡Había algo flotando en el charco! Algo brillante. Algo púrpura y rojo. Algo con aletas como abanicos y una cola flotante. ¡Algo que lucía exactamente como el pez luchador de Stink!

—¿Ese es...? —preguntó Stink, inclinándose para ver el charco.

—Es mi pez real —dijo Judy.

—¡Es *mi* pez real! —exclamó Stink.

—Se llama Príncipe Redmond Primero —dijo Judy.

—Se llama Spike —dijo Stink—. ¡Es mi pez luchador siamés, que compré en la tienda de mascotas con mi dinero de los dientes! Me lo robaste.

—No lo robé, Stink —dijo Judy—. ¡Lo tomé por decreto real! —Hizo un gesto en el aire con el brazo—. Todos los peces del reino me pertenecen.

—Devuélveme mi pez.

—Es por un bien mayor, Stink. Así todo el reino puede disfrutarlo —Judy señaló las burbujas del charco—. Mira, el Príncipe Redmond Primero ya hizo un nido de burbujas.

—Adivina qué —dijo Stink—. ¿Sabías que los peces se comunican con pedos?

—No puede ser —dijo Judy.

—Es verdad —dijo Stink—. Spike debe estar pedorreándose ahora mismo.

—Los peces reales no se pedorean, Stink.

Judy vio que más burbujas subían a la superficie. Stink se acercó a escuchar.

—Spike está diciendo: ¡Devuélveme con Stink! —dijo.

—Está bien —Judy recogió al Príncipe Redmond el Pedorro con un vaso de yogur y se lo devolvió a Stink—. De todos modos, un pez pedorro no es digno de una reina.

—Hola, Spike-Spike-Spike —dijo Stink.



¿Dónde, oh, dónde podría conseguir un pez real?

Judy fue a buscar al arroyo. Sabía todo sobre las criaturas de los arroyos, por su Club de Fans del Arroyo. Vio foxinos. Vio moscos de agua. Vio tricópteros. Vio larvas de libélula. Vio larvas de escarabajo. Incluso recogió un escarabajo acuático.

Intentó pescar un foxino, pero este se escurrió con rapidez.

¡Ojalá tuviera un cisne real!

Ella, Judy Moody, era la reina de nadie. La jefa de nada. Ni siquiera de un pez pedorro. Ni siquiera de un foxino.

Justo en ese momento, ella, Judy Moody, tuvo una idea estupenda.

¡Tal vez, solo tal vez, podía lograr que un cisne se acercara a ella! Un cisne trompetista, como Louis en *La trompeta del cisne*. Judy sacó sus revistas de *Becky la del Patio*. *Becky la del Patio* decía que los cisnes comían alpiste. Judy vació una bolsa de alpiste alrededor de su foso. *Becky la del Patio* decía que a los cisnes les gustaba el color rojo. Judy sacó un montón de cosas rojas: una cubeta roja, una bota roja, una pelota roja. *Becky la del Patio* decía que los cisnes se llamaban entre sí.

—¡Ju! ¡Ju! ¡Ko-JO! ¡Juu! —Judy cantó una canción de cisne, pero ningún cisne se acercó.

*Becky la del Patio* incluso decía cómo tejer un nido para un cisne. *Empieza con un aro de hula-hula. Con estambre, teje de un extremo a otro con un nudo simple de puño de mono.* Judy fue corriendo por su aro, y tejió el estambre con los dedos para hacer un nido.

Desde el interior de la casa, esperó, mirando hacia el patio.

—Una olla no hierve cuando la miras —dijo mamá.

—Va a tomar tiempo que un cisne encuentre tu nido —dijo papá.

Judy esperó. Le dio más tiempo. Le dio tiempo hasta que llegó la hora de dormir. Esperó hasta la mañana siguiente. En cuanto despertó, corrió a su asiento en la ventana y se asomó al patio.

¡Había algo flotando en su foso! ¡Excelente!

¿Era un cisne? ¿Un cisne trompetista? Tal vez un cisne común, como en su revista. O un cisne silbador. O un cisne de cuello negro.

Miró por su periscopio. Tenía cuello corto. Definitivamente no era un cisne.

¿Era un... patito feo? Judy salió corriendo. Atravesó el patio trasero caminando de puntitas. Gateó sobre el pasto hasta llegar lo bastante cerca para ver qué cosa era.

No era un cisne. No era un pájaro. Era un pato.

¡Un pato de hule!

Y el patito de hule tenía una corona.

Stink salió de la carpa de Si te Orina un Sapo.

—¡Stink! ¡Mira! —dijo Judy—. ¡Un patito de hule real!

—¿Cómo llegó eso ahí? —preguntó Stink, con los ojos como platos.

—Ni idea —dijo Judy—. Pero es mío. Mira, hasta tiene una corona. Igual que el patito de hule de la reina.

—¿A qué te refieres? —preguntó Stink.

—La reina de Inglaterra tiene un patito de hule en el baño real. No miento. Y su patito de hule también tiene corona.

Stink no podía creer lo que oía.

—¡No puede ser!

—¡Sí puede ser! —dijo Judy—. Jessica me lo contó. Un pintor vio al patito de hule con corona cuando estaba pintando el baño real. Les contó a todos los periódicos de Inglaterra. Eso se llama filtrar información, Stink.



—¡Una filtración en el baño real! —dijo Stink. Ambos rieron.

—¡Por orden del Imperio Británico, decreto que yo, la Reina Judy, tengo dominio sobre todos los juguetes de baño del estado de Virginia! No solo los

patitos de hule.

—No todos —dijo Stink—. Algunos son míos.

—Pero ya no juegas con ellos, ¿verdad? —dijo Judy—. Son de bebé.

—C-claro.

Judy extendió la mano.

—Entonces entrégame tu submarino, Stink.

—¿Mi submarino? ¡Nunca!

## E. R. S. M.: Los Espías Reales de Su Majestad.

Ahora que Judy era de la realeza, moría por ver un castillo. Había nueve castillos en Virginia, pero solo uno se parecía un poco al Palacio de Buckingham, la casa de la Reina de Inglaterra (donde Judy *debería* vivir).

¡Excursión familiar!

Ella, Judy Moody, iba en camino aun castillo. No un castillo de arena. No un castillo inflable. ¡Un castillo-castillo! De verdad, real.

—Aquí es —dijo papá—. El Castillo Wolff.

Todos bajaron del auto. Una alta valla rodeaba la enorme mansión. Tenía una puerta y una torre en cada esquina.

—¿Este castillo tiene calabozo? —preguntó Stink.

—Ese es *tu* cuarto, Stink —dijo Judy, riendo.

—Es pequeño para ser un castillo —dijo Stink.

—Me gustaría vivir en una casa así de pequeña —bromeó mamá.

—¿Creen que esté a la venta? Tal vez podríamos vivir aquí —dijo Judy.

—En tus sueños —respondió papá, riendo.



—¿Dónde está el foso? —preguntó Stink—. ¿Y el puente levadizo?  
¿Dónde está el lugar donde le cortan la cabeza a la gente?

Los Moody caminaron entre jardines de rosas y subieron escaleras con alfombras rojas. Entraron a un largo pasillo con estatuas de mármol y brillantes armaduras. En el centro se alzaba una magnífica escalera. Los candelabros de cristal lanzaban tantos destellos que las hermanastras de Cenicienta se habrían asombrado.

Judy giró, maravillada.

—Guau, nunca he visto tantas cosas brillantes.

—Hasta las luces están hechas de diamantes —dijo Stink.

El castillo tenía una escalera secreta y un túnel oculto. Recorrieron habitación tras habitación tras habitación, todas llenas de enormes espejos y ventanas con vitrales, muebles con patas de garra y techos pintados de dorado. Hasta los pomos de las puertas eran elegantes.

—¿Quién vivió aquí? —preguntó Stink.

—Un tipo inglés —dijo Judy—. Construyó el castillo para guardar todos sus libros y obras de arte.

Se inclinó sobre una cuerda para asomarse a una habitación con cortinas púrpuras. La cama tenía unas veinte almohadas, también púrpuras.

—Este podría ser mi cuarto —le dijo a Stink.



En cada habitación, Stink preguntaba:  
—¿Aquí es donde cortaban cabezas?  
—Stink —dijo Judy—, deja de decir eso o te enviarán a la torre.

—¿Qué deberíamos hacer primero? —preguntó Judy—. Hay un espectáculo de halcones, botes de remos en el lago, y una fiesta de té real. Yo quiero la fiesta de té.

—¡Halcones! —dijo Stink.

—Botes —dijo papá.

Mamá frunció el ceño.

—Me temo que no conseguimos boletos a tiempo. Todos los eventos están agotados.

—Hay una especie de laberinto para encontrar un corgi —dijo papá. Pero el laberinto resultó ser una aburrida hoja de papel, y el corgi solo un dibujo. ¡Soso!

—No hemos visto todavía el salón del trono —dijo mamá.

—Ni la sala de reyes y reinas —dijo papá.

Judy y Stink entraron a una larga sala con retratos de reyes y reinas en las paredes. Cada uno tenía una historia.

—Al rey Enrique Segundo le gustaba leer antes de irse a dormir. ¡Igual que a mí! —dijo Stink—. Y este otro, el rey Eduardo Primero, tenía piernas largas, así que ese era su apodo: Piernas Largas.

—La reina nombra caballeros a unas 3500 personas al año —dijo Judy—. Yo te nombro Piernas Cortas.

—Sir Piernas Cortas —dijo Stink, y luego leyó la placa junto al retrato de un hombre con bata roja y pantuflas puntiagudas—. Aquí dice que Ricardo Segundo fue el dueño del primer pañuelo. ¿Ya había pañuelos en ese tiempo?

—Eran de tela. Más elegantes que el papel higiénico. ¿Verdad, mamá?

Mamá rio.

—Podría decirse, supongo.

—¿Dónde está Ricardo Ternero? —preguntó Stink.

Judy rio.

—Dijiste *ternero*.

—*Tercero*. Dije *tercero*.

—Aquí está Enrique Octavo —dijo papá—. Tuvo seis esposas distintas.

—A dos les cortaron la cabeza —dijo Stink.

—Aquí está la pobre *lady* Jane Grey —dijo Judy—. Solo pudo ser reina por nueve días.

—¿Le cortaron la cabeza? —preguntó Stink.

—No, Stink. Algunas reinas conservaron la cabeza.



—Aquí está la reina Isabel Primera —dijo mamá—. El estado de Virginia fue nombrado en su honor.

—¿Por qué tiene los dientes negros? —preguntó Judy.

—Se le pudrieron por comer demasiados dulces —dijo mamá.

—Guácala —dijo Judy.

—La reina Victoria siempre se vestía de negro —dijo mamá—. Aquí dice que tenía un chofer real, un cazador de ratas real y un destructor de bichos real.

¡Zap! ¡Zap! Stink saltó por toda la sala, fingiendo atrapar bichos.

En el salón del trono, Stink probó

sentarse en dos tronos distintos.

—Oye, Piernas Cortas, por aquí —dijo Judy, y señaló el emblema de uno de los tronos. Tenía un escudo en el centro, con un casco de caballero y plumas alrededor. En el centro había dos brazos sujetando una rosa, y una gran *M* en la parte inferior—. Es igual a nuestro escudo familiar —dijo Judy.

—¡La *M* es de Moody! —dijo Stink.

—O de *Mudeye* —dijo Judy.

—Sí. El viejo nombre Moody.

—Stink, finjamos que soy la reina y tú eres el Poeta Real.

—¿Por qué no puedo ser yo la reina? —preguntó Stink.

—Está bien —dijo Judy—. Tú serás la reina y yo seré la Poeta Real —hizo una reverencia—. Su Majestad, disfrutad. Le he traído té, con buena fe.

—Oye, hablas en rima.

—Por supuesto, joven apuesto. La Poeta Real siempre habla en rima, y se le estima.

—¡Quiero ser poeta real! Solo que no lo sabía.

Stink y Judy rieron a carcajadas.

Al final del salón había una habitación secreta. En esa habitación había un cuadro.

—Mira —dijo Judy—. ¡Puedes asomarte por los ojos del cuadro!

Stink se paró de puntitas y puso los ojos en los agujeros del cuadro. Podía ver la habitación contigua.

—¡Somos espías reales! —dijo Judy—. ¿Qué hay ahí?

—Flores. Parece que hay un montón de niños en una especie de fiesta de té. Espera un momento. ¿Eso no es...? Creo que veo...

—No es justo, Piernas Cortas. Deja de acaparar. Es mi turno —Judy se asomó por la pintura. No podía creer lo que veían sus ojos de espía real.

Judy contempló una habitación llena de flores, con una larga mesa, un mantel muy vistoso, y tacitas elegantes. ¡Té Real! Y sentada a la mesa, con un vestido rosa, largos guantes blancos y una tiara, estaba nada menos que...

¡Jessica la Fisgona Finch!

¡Cielos! De verdad era ella. Judy podía reconocer a esa Abeja Reina del Deletreo en cualquier lugar.

—¿Qué hace *ella* aquí? —preguntó Stink.

—Toma el té.



Té real. El té de la merienda. Té hecho de pétalos de rosas reales, probablemente. Té que ella, Judy Moody, no estaba bebiendo.

¡Jessica Finch tomaba el té en un castillo de verdad! Jessica Finch comía pollo de ceremonia de coronación y galletas con forma de corona. Jessica Finch jugaba un juego de mímica real.

No era *nada* justo. La pariente de una reina era Judy, no Jessica.

De pronto, ella, Judy Moody, tuvo una idea. ¡Una idea espléndida! Haría su propia fiesta de té real e invitaría a sus amigos. Las invitaciones estarían escritas en un código súpersecreto de espías, para que Jessica A. Finch nunca se enterara.

Tal vez papá la dejaría rentar un castillo inflable. Tal vez mamá la dejaría usar una vajilla de porcelana de las que pueden romperse de verdad. Nada de platos y vasos de papel.

Aquello iba a ser un gran acontecimiento. Una fiesta de té digna de una reina. El momento cumbre sería cuando ella, Judy Mudeye Moody, fuera coronada reina. Todos sus fieles amigos asistirían y estarían a su alrededor. Ya podía verlo...

Sir Piernas Cortas se paró de puntitas.

—¿Qué están diciendo?

—Shh, intento escuchar —susurró Judy, como una espía.

Jessica hizo una reverencia.

—Mi parte favorita del castillo fue la silla en el salón del trono —les dijo a los niños de la mesa—. La del casco de caballero y la letra *M*.

¡La silla real Moody!

Judy casi se ahoga.

—¡OYE! Esa es *nuestra* silla. La del escudo de *M*, de *Moody*. No *F* de *Finch*.

Algo no estaba bien. Había algo sospechoso. Definitivamente, había algo torcido. Jessica Finch sí que era un fastidio. Ahora sabía cómo se sentía la reina cuando alguien olvidaba hacer una reverencia. ¡M-o-l-e-s-t-a!

—Hora de irnos —dijeron mamá y papá. Última parada: la tienda de regalos. A Judy le compraron un pañuelo. A Stink un mazo de cartas con datos sobre reyes y reinas condenados.

Piernas Cortas pasó todo el camino a casa recitando datos curiosos.

—¿Sabían que Jorge Primero murió por comer demasiadas fresas? ¡Ana Bolena tenía un dedo extra! Enrique Octavo jugaba tenis cuando le cortaron la cabeza a su esposa.

Judy solo podía pensar en Jessica Finch y la silla real Moody. ¡Grrr! Se sentía como una reina, sí. Una reina del terror. Si Jessica había copiado su árbol genealógico, iban a rodar cabezas.

## Hermanastras feas

El viernes iba a ser el mejor día de escuela de todos los tiempos. Era el día en que el grupo Tercero T iba a compartir sus árboles genealógicos. Al final del día, toda la escuela y todo el mundo sabrían que ella, Judy Moody, era pariente de una reina.

Antes de que empezaran las clases, Judy repartió invitaciones para su fiesta de té. Estaban escritas en un código secreto. Un código que solo María, Reina de Escocia, podría descifrar.

Pero eso no detuvo a Jessica Finch.

Antes de que Judy pudiera decir a sus amigos dónde estaba escondida la respuesta, Jessica Finch sacó de su bolsillo un descifrador de códigos de la tienda de regalos del Castillo Wolff y descifró el código real. Se acabó el secreto.

—¡Una fiesta! —dijo Frank.



—Fiesta de té —dijo Judy.

—¿Echaremos té a tu bañera como hicimos en la Fiesta de Baño de Boston?

—Yo haré trucos de magia —dijo Rocky.

—Hagamos una carrera. Yo puedo anunciar al ganador en mi periódico —dijo Amy Namey.

—No, no y no —dijo Judy. A veces sus amigos eran muy plebeyos—. Ustedes no entienden, porque no son parientes de una reina, como yo. Esta es una fiesta de té real.

—Entonces, ¿qué haremos? —preguntó Frank.

—Beber té y practicar buenos modales y aprender a hacer reverencias —dijo Jessica.

—Pueden comer pastel —dijo Judy.

—Querrás decir pastel inglés «*crumpet*» —dijo Jessica.

—Lo importante es que habrá una ceremonia de coronación, y seré coronada reina.

Sus amigos la miraron como si estuviera loca. ¡Completamente chiflada!

—¿Cómo es que *tú* eres la reina? —preguntó Frank.

—Soy la única con sangre real. Duh.

En ese momento, sonó la campana. Los amigos de Judy corrieron a su clase.

—¡Oigan, esperen!

Pero nadie esperó.

Judy corrió tras ellos.

—¡Habrá un castillo inflable!

No era verdad que fuese a haber un castillo inflable. Era una enorme mentira. Pero de alguna manera, la fiesta de té tenía que sonar emocionante.

Hasta ahora, todo mal. El mejor día de escuela de todos los tiempos era un chasco real. Pero muy pronto, el mundo sabría que Judy Moody estaba emparentada con un héroe, y tal vez con un pirata, y casi seguramente con una reina.

¡Hora de los árboles genealógicos! Judy levantó la mano para ser la primera. El señor Todd llamó a Madison y a Addison. Llamó a Manuel y a Isabel. Llamó a Rocky. Llamó a Frank Pera/Pearl.

Judy estaba confundida. Estaba impaciente. Entonces sucedió. Su maestro llamó nada más y nada menos que a Jessica Fisgona Finch.

Jessica Finch se puso de pie frente al grupo. Jessica Finch llevaba su elegante vestido de fiesta de té. Jessica Finch se puso unos largos guantes blancos. Tenía un collar de perlas que no era de dulces, y se puso su tiara de Abeja Reina del Deletreo en la cabeza.

Jessica Finch ya no parecía una fisgona. Parecía una princesa. Parecía la mismísima Cenicienta. Judy sacó el collar de dulces que traía bajo su blusa. Le dio una mordida furtiva. Ñam. Al menos Jessica Finch no tenía sus joyas de la corona en un broche de pavo real que cambiaba de color.



Jessica rastreó su árbol genealógico Finch hasta la vieja Inglaterra. ¡Hey! El árbol genealógico de Judy Moody también se remontaba a la vieja Inglaterra. ¡Iguales!

Jessica Finch le contó al grupo que, hacía mucho tiempo, el apellido Finch era Fink, que significa fisgón. ¡Ja! De modo que Jessica Finch sí era una fisgona. ¡De verdad! ¡Pero qué sorpresa!

Luego, Jessica Finch mostró su escudo familiar. Tenía una *M* gigante. El escudo familiar de Judy también tenía una *M* gigante. *M* de *Moody*.

Judy levantó la mano.

—Um. Disculpa, pero ¿por qué tu escudo familiar dice *M*? Debería decir *F*, de *Fink*. Digo, *Finch*.

—Calma —dijo Jessica—. Voy a llegar a esa parte.

*Ñam. Ñam-ñam.* Judy solo estaba oyendo a medias. Jessica Finch era pariente de un juez. A-bu-rrí-do. Jessica Finch era pariente de un barón. Bostezo. Jessica Finch era pariente del tercer Conde de Bla-Bla. Zzzzzz.

Judy podía apostar a que Jessica Finch no tenía un antepasado en el *Titanic*. Jessica Finch no tenía un primo con nombre de pirata como Mudeye Moody. Jessica Finch no tenía un ancestro que quizá custodiaba las joyas de la corona en la verdadera Torre de Londres.

Un momento. ¿Qué? ¿*Titanic*? De pronto, Judy no podía creer lo que escuchaban sus oídos. ¿Acaso Jessica acababa de decir que *ella* era pariente de alguien que estuvo en el *Titanic*?

Judy inhaló con fuerza. No. Aquello no podía ser. Imposible. Aquello no podía estar pasando. Solo había una explicación: ¡Jessica Finch era una gran ladrona de árboles genealógicos!

Cuando Judy le contara al señor Todd... La *F* era de *Fraude*. Judy levantó la mano. El señor Todd le pidió que guarde su pregunta para el final.

*Las reinas no esperaban su turno. Las reinas no se mordían la lengua cuando las ladronas de árboles genealógicos decían mentiras. Las reinas encerraban a gente así en la torre.*

Ahora Jessica estaba contando una historia sobre sus ancestros en los viejos días de los reyes y reinas. Igual a la de Judy. Otra vez. Copiona. Copiona. ¡Copiona!

*Ñam-ñam-ñam.* Tres mordidas más al collar de dulces.

Judy volvió a levantar la mano. El señor Todd frunció el ceño.

—En otro tiempo —dijo Jessica—, en la vieja Inglaterra, la familia Finch tenía un nombre más largo. Eran los Mudeye-Finch. Por eso mi escudo familiar tiene una *M* de *Mudeye*, no una *F* de *Finch*.

¡Mudeye! ¿Dijo Mudeye? Mudeye era una forma antigua de Moody.

Judy sabía de memoria su árbol genealógico. El apellido de su familia había sido Modig, luego Mudeye, y luego Moody. ¿Cómo podía Jessica Finch

tener también el apellido Mudeye?

—¡Señor Todd! —exclamó Judy, y se levantó de un salto.

—Judy, por favor siéntate —dijo el señor Todd—. No quiero pedírtelo otra vez.

Para empeorar las cosas, Jessica estaba contando una historia sobre la Torre de Londres. ¡Ahora el señor Todd iba a pensar que Judy era la copiona!

—Mi antepasada era *lady* Philberta Finch —dijo Jessica—. Criaba pájaros cantores para la reina Victoria. Un día, uno de los pinzones reales hizo popó... ¡justo en la cabeza de la reina!

El grupo Tercero T rio a carcajadas.

—A la pobre Philberta la encerraron en la Torre de Londres.

Judy quería que aquello acabara.

—¡Fin! —gritó.

—Judy —dijo el señor Todd—. Voy a tener que pedirte que te mudes a la Antártida.

—¡Pero...! —su caldera estaba a punto de explotar.

*Tranquilízate y sigue adelante... hasta la Antártida.*



Judy, encorvada, fue al escritorio al fondo del salón, con un mapa de la Antártida. Miró furiosa el pingüino de cartón con el letrero de RELÁJATE.

El resto del grupo Tercero T estaba en la orilla de sus asientos.

—¿Qué pasó con la dama encerrada

en la torre? —preguntó Frank.

—¿Le cortaron la cabeza? —preguntó Rocky.

—Nop. La rescató un valiente muchacho de nombre Mudeye.

¡GULP!

—¿Era un príncipe? —preguntaron Addison y Madison al mismo tiempo.

—¡Sí! —exclamó Judy, sin saber lo que decía.

—No —dijo Jessica—. Mudeye no era ningún príncipe. Ni siquiera era de la realeza. Era el real *cazador de ratas*, el sujeto que atrapaba ratas en la Torre de Londres.

¡Rata fisgona! Jessica estaba diciendo tonterías. ¡Puros inventos! Deberían enviarla a la Antártida por mentir así. Debían desterrarla a la Torre. La Torre de No Hablar. La Torre de Nada de Fiestas de Té.

—¿Qué pasó después? —preguntó todo el Tercero T.

—Este tipo, Mudeye, la ayudó a escapar de la Torre, y se enamoraron y huyeron juntos, y así se convirtieron en los Mudeye-Finch.



Todos los alumnos de Tercero T empezaron a aplaudir.

—Décadas después, sus hijos y los hijos de sus hijos zarparon a Estados Unidos. Así fue como mi familia llegó a este país. Pero, como era muy difícil decir Mudeye-Finch todo el tiempo, se quitaron el Mudeye y nuestro apellido fue solo Finch. Fin.

*El fin de Judy y la Casa Real Moody.*

## Juramento solemne

El grupo Tercero T enloqueció, poniéndose de pie y aplaudiendo aún más. Jessica Finch hizo una reverencia.

Judy Moody no se puso de pie. Judy Moody no aplaudió. Judy Moody agachó la cabeza hasta el Polo Sur. Quería llorar en su pañuelo no-real.

Jessica Finch siempre hacía su tarea. Jessica Finch siempre sacaba diez. Su árbol genealógico no mentía.

Si Jessica Finch estaba diciendo la verdad, entonces, después de todo, su trece veces tatarabuelo NO era pariente de una reina.

Y si su trece veces tatarabuelo no era pariente de una reina, ella, Judy Moody, era más rata que realeza.

No venía de un largo linaje de sangre azul. No venía de un largo linaje de reinas. Ni siquiera se parecía un poquito a Cenicienta. Venía de un largo linaje de cazadores de ratas. Lo más bajo de lo bajo. Los cazarratas reales eran peores que los aplastabichos reales.

Entonces comprendió, como si fuera un barco chocando con un iceberg. ¡Esto era *Titanic-O!*

Si la historia de Jessica era verdad, entonces ella, Judy Mudeye Moody, estaba emparentada con... ¡Jessica Fink Finch!

Si se remontaba mucho, mucho, mucho, mucho en el árbol genealógico, Jessica Finch y Judy Moody eran... ¿hermanastras?

¡Caramba! Judy sí que estaba en medio de un lío.

Nada de Cenicienta. Ella y Jessica eran las hermanastras. ¡Las hermanastras feas!



Judy quería irse flotando en un iceberg de la Antártida, hasta una tierra muy, muy lejana.

Miró su camiseta de TRANQUILÍZATE Y SIGUE ADELANTE, debería decir TRANQUILÍZATE Y SIGUE ADELANTE COMO UNA CAZARRATAS REAL.

—Tierra a Judy —dijo el señor Todd.

*Por fin* era su turno, pero no le importaba. No podía pararse ante sus amigos y ante todo el grupo y decir que no era pariente de una reina. Que descendía de un bueno-para-nada-real cazador de ratas.

—Puedes volver a sentarte, Judy. Se nos acabó el tiempo hoy. Veremos tu árbol genealógico el lunes.

¡Uff! Nadie sabría todavía su gran secreto. Nadie sabría que no era reina. Y nadie, pero absolutamente nadie, sabría que era una especie de hermana secreta de Jessica Finch. Nadie debía saberlo jamás.

Judy tomó su regla de Mujeres Famosas al Mando. Ya no podía leer su nombre, pues estaba muy borroso. Le dio una mordida a su collar de dulces. Ya no eran perlas.

De repente, una nota doblada en forma de corona cayó sobre su libro de Ciencias Sociales de Tercer Grado.

Se dio la vuelta. Desdobló la nota. ¡*Hola, hermana!*

¡¡*Hola, hermana!!* Dos palabras escritas con letra perfecta. La *H* mayúscula, muy recta. Los signos de exclamación inclinados, con caritas felices en los puntos. Esas eran las marcas distintivas de la Princesa de la Caligrafía. La Reina de la Cursiva. Su Majestad de la Escritura.

Jessica la de los Dieces Finch.

¡Lo sabía!

El secreto estaba en el aire. Pronto todo el grupo Tercero T sabría que Judy Moody no era —repito, no era— pariente de una reina. Y toda la escuela se enteraría de que Judy sí era pariente de Jessica Fisgona Finch.

Su archienemiga, Jessica Finch, había arruinado todo. ¿Cómo podía Judy hacer una fiesta de té real y ser coronada reina, si ni siquiera era de la realeza?

Judy observó, furiosa, la cola de caballo que estaba frente a ella. La misma cola de caballo que veía todos los días. Pero hoy no pertenecía a su rival, la sabelotodo. No pertenecía a la presumida Abeja Reina del Deletreo. Hoy pertenecía a su... ¡hermanastra perdida!

*Hermanastra fea*, se dijo Judy. Le dio un tirón a la cola de caballo. Y otro. Jessica se dio la vuelta. Ni siquiera estaba molesta. Sonreía. Sus ojos brillaban como joyas de la corona.

—Te veo en los estantes —susurró Judy, y fue al fondo del salón. Jessica la siguió.

—No puedes decirle a nadie —dijo Judy.

—Somos hermanastras secretas —dijo Jessica, saltando.

—¡Shhh! —dijo Judy.

—Pero siempre quise una hermana —dijo Jessica.

—¡Deja de decir «hermana»! —dijo Judy—. Y sobre todo no puedes contárselo a Rocky ni a Frank ni a Amy. Nunca irán a mi fiesta ni me coronarán como reina si se enteran de que ni siquiera soy de la realeza. Soy familiar de un cazador de ratas.

—¡Un cazador de ratas muy valiente! —dijo Jessica.

—Es verdad que Mudeye *significa* valiente. Pero incluso un cazarratas valiente no es una reina —dijo Judy, y buscó en su bolsillo—. Si guardas este secreto, te daré mi pañuelo.



—¡Guácala! No, gracias —dijo Jessica.

—¿Mi collar de dulces? —dijo Judy, y lo extendió para que Jessica lo viera.

—Está todo babeado. ¡Y medio comido! —dijo Jessica.

Judy levantó un dedo meñique. No lo hizo para beber té. Era un meñique de hermanastra perdida, para jurar guardar un secreto.

—¡Juramento solemne!

Judy y Jessica entrelazaron sus meñiques.

—¡Y nunca decir nada! —exclamaron.

—Juraste con el meñique —dijo Judy—. No puedes contarle a nadie.

—Guardaré tu secreto —dijo Jessica—. Con una condición.

—Dila —dijo Judy.

—Tienes que invitarme a tu fiesta de té real. Después de todo, yo soy la del nombre real aquí.

¡GULP!

## Dius horribilus

Judy bajó del autobús y se despidió de Rocky y Frank.

—No olviden mi fiesta mañana. Sábado. En la carpa de Si te Orina un Sapo. A las cuatro en punto. ¡Busquen el castillo inflable!

Jessica Finch fue caminando a casa con Judy. Había asumido el rol de planeadora de la fiesta. Después de todo, Jessica había tomado el té en un castillo de verdad. Judy solo había espiado una.

—Bueno, esto es lo que pasa —dijo Judy—. Prometí un castillo inflable a mis amigos. Pero mamá y papá no me lo permiten.

—De todos modos, las reinas no saltan —señaló Jessica—. Ni siquiera sudan. Sobre todo, no en una fiesta de té.

—¿Qué hacen? —preguntó Judy.

—Beben té y comen sándwiches y comidas de color rosa, como espuma de salmón.



—¿Espuma de salmón? ¿Dónde voy a conseguir eso? Ni siquiera puedo conseguir un castillo inflable.

—Es una comida. Como pudín, solo que está hecha de pescado.

¡Pudín de pescado! Eso le sonaba horrible a Judy.

—Creo que mis amigos preferirían saltar en un castillo en vez de comer esa cosa.

—Tengo una idea —dijo Jessica—. Déjame a mí.

—¡Aquí es! —dijo Judy cuando llegaron a la carpa de Si te Orina un Sapo, en su patio trasero—. ¡El lugar de la fiesta!

Jessica miró a su alrededor, pensando.

—Hagamos una lista —dijo. Judy tomó su Lápiz Gruñón—. Necesitamos una mesa para el té. Tetera. Mantel. Tapetes. Servilletas...

—Servilletas, listo —dijo Judy.

—¡Tienen que ser de tela, no de papel!

Judy añadió: servilletas *de tela*. También platos. Platos de verdad.

Jessica seguía hablando.

—Haremos tarjetas con nombres, para que todos sepan dónde sentarse. Y daremos tres tipos de té. Menta, *Earl Grey*...

—¿*Earl* qué?

—¿Estás tomando nota? —preguntó Jessica. Jessica Finch sí que era mandona cuando se trataba de fiestas de té—. Primero tomaremos el té, y luego vendrá la ceremonia de coronación.

—¿No te falta algo? ¿Nada de nada? ¿Estás segura? ¿Qué hay de los recuerdos de la fiesta? —preguntó Judy.

—Todos se llevarán a casa una bolsita de té y una taza para huevo.

¿Bolsas de té? ¿Tazas para huevo? Judy no estaba segura de que a sus amigos fuera a gustarles eso. Pero luego se imaginó a sí misma sentada en una almohada de terciopelo, bebiendo té, portando el Zafiro Real Moody y recibiendo su corona de Reina de Reinas.



Por fin llegó el sábado, el día de la fiesta de té real. La carpa del Club Si te Orina un Sapo estaba decorada con luces intermitentes y banderines de papel rosa. La mesa estaba puesta. Las tarjetas con nombre en sus lugares. Las servilletas dobladas en forma de cisne. El té estaba listo para servir. La carpa de Si te orina un Sapo parecía, más bien, la carpa de una Princesa Suprema. Hasta los cubos de azúcar eran rosa. Judy esperaba encantar a sus amigos.

No quedaba más que esperar. Esperar a las cuatro de la tarde en punto. Judy mordió su Lápiz Gruñón. Se mordió una uña. Mordió la punta de su mechón de cabello que alguna vez fue púrpura.

Llegaron las cuatro de la tarde. Y pasaron. Nadie llegó a tiempo.

**4:03:** Judy revisó su reloj.

**4:05:** Judy volvió a revisar su reloj.

**4:07:** Judy retorció su cisne de servilleta, convirtiéndolo en tornado.

—Tal vez entendieron mal la hora —dijo.

—La invitación decía cuatro en punto —dijo Jessica.



—Pero estaba escrita en código secreto —dijo Judy.

**4:11:** Judy hizo un pavo real de origami con su tapete de mesa.

—Es de mala educación llegar tarde —dijo Jessica—. Qué groseros —revisó y volvió a revisar la azucarera.

**4:15:** Judy hizo un oso polar de origami con el tapete de Rocky.

—Es de mala educación hacer esperar a una reina —dijo Jessica. Alisó el mantel. Esponjó las servilletas. Batió el pudín de pescado.

**4:19:** Judy hizo un camello, un león y un elefante con los tapetes restantes. Hizo todo un zoológico real de origami.

**4:25:** *¿Dónde están todos?*

**4:37:** ¡Nadie viene!

Jessica dejó de acomodar servilletas y tenedores. Hasta Jessica Quisquillosa Finch sabía que aquello no tenía caso.

—Mis amigos no van a venir —dijo Judy. *Ojalá Tori no viviera al otro lado del charco, en Londres.*

Organizó una fiesta de té real y nadie asistió. ¡Ni siquiera su hermano Stink! Judy se sentía como una verdadera rata. Como la trece veces hija de un humilde cazador de ratas. ¿Cuántas veces había pensado que Jessica Finch era una rata fisgona? Pero ahora ella, Judy Moody, era la verdadera rata. Y, además de ser una rata, sus amigos la habían abandonado. ¡Eran unos traidores!

Los sándwiches se echaron a perder. La espuma de salmón olía a pescado podrido. Y el té real se enfrió.

—¡Esto es como el *annus horribilus* de la reina! —dijo Judy—. Ese año terrible, en 1992, cuando pasaron tantas cosas malas; incluso se quemó uno de sus castillos.

—Al menos este solo es un *día* malo —dijo Jessica, tratando de animar a Judy.

—¡*Dius horribilus!* —exclamó Judy.

—Aún podemos comer galletas —dijo Jessica—. Y el té será té helado.

Judy tomó una galleta en forma de corona y la remojó en una taza de té frío.

—¡Qué desagradable! —dijo Jessica—. Remojar comida en el té es de mala educación.

¿Y qué esperaba de una persona que venía de un linaje de vulgares cazadores de ratas? Judy volvió a remojar su galleta.

—Iré a la calle para revisar algo —dijo Jessica—. Vuelvo en un momento.

Judy miró los asientos vacíos. Aquello no era una fiesta de té real. Era una fiesta de té *irreal*, porque una fiesta sin amigos simplemente no existía. *Horribilus.*

Stink entró a la carpa con sus pies apuestos de niño. Judy parecía muy triste. Ella, Judy Moody, tenía un montón de té, y ningún amigo que lo bebiera con ella.

—¿Dónde están todos? —preguntó Stink.

—Mis amigos son los peores —dijo Judy—. Nadie vino. Ni siquiera tú.

—Tal vez se equivocaron con el día —dijo Stink.

—¿Sábado? Apenas ayer les recordé a todos.

—Tal vez se equivocaron con la hora —dijo Stink.

—Todos saben que el té de la merienda es a las cuatro en punto, Stink.

—Tal vez no les gusta el té —dijo Stink.

—Tal vez no les gusto yo —dijo Judy. Hasta su cisne de servilleta se veía muy solo.

—¿Qué es ese ruido?

Asomaron al exterior. Mamá y papá estaban inflando... ¡un castillo!

Judy y Stink atravesaron el patio, corriendo.

—¡Mamá! ¡Papá! —exclamó Judy—. ¡Dijeron que nada de castillo inflable!

—Fue idea de Jessica —dijo papá.

—El castillo inflable es de la Señora Soso, su casa está al final de la calle —dijo mamá.

—Sabía que iba a usarlo hoy para el cumpleaños de su nieta —dijo Jessica—. Ella dijo que podemos usarlo gratis si lo devolvemos.

Judy contempló el castillo. Tenía cuatro torres con cuatro banderas que ondeaban. Estaba lleno de pelotas. Incluso tenía una resbaladilla inflable con forma de puente levadizo.





—Necesito tomar prestado a Stink un minuto —dijo Jessica, y se lo llevó al frente.

Judy entró al castillo. Saltó. Una vez. Dos veces. Se detuvo. Los castillos inflables eran absolutamente, completamente aburridos cuando no había nadie con quien saltar. ¡GRRR!

Ella, Judy Moody, estaba de un humor realmente triste. ¿Por qué no había escuchado a sus amigos? La fiesta de té había girado en torno a ella: a ser reina y tener una corona.

Buuu. Si pudiera hacer todo de nuevo, no sería tan arrogante.

## Fiesta de té real

Judy oyó un repiqueteo. Se asomó al exterior del castillo inflable. Stink estaba de pie afuera, agitando una campana.

—¡Atención, atención! —gritó Stink.

—Su Alteza Real solicita vuestra presencia en la fiesta de té real —dijo Jessica.

—Venid a saltar al castillo inflable —dijo Stink.

Rocky escuchó la campana desde su casa, al otro lado de la calle. Frank la oyó de camino a casa de Rocky. Amy vio el castillo cuando volvía a casa después de su clase de hip-hop. Al poco rato, los amigos de Judy ya llegaban al castillo inflable.

¡Que comiencen los brincos reales!

Rocky les enseñó a todos cómo dar una voltereta, y cayó sobre su trasero. Frank les enseñó a fingir una caída, y cayó sobre su trasero. Amy les enseñó unos locos pasos de hip-hop. Jessica Finch saltó deletreando la palabra: «¡S-E-C-R-E-T-O!».

Cuando todos se cansaron de saltar, Judy anunció:

—¡Es hora de la fiesta de té real... y de la coronación!

Todos gimieron.

—El té suena aburrido —dijo Frank.



—Disculpen si fui un *real* fastidio —dijo Judy—. Pero les prometo que esta fiesta del té será sensacional para todos, no solo para mí.

—¿Lo juras? —preguntó Rocky.

—Lo juro solemnemente —dijo Judy.

Sus amigos se dirigieron a la carpa de Si te Orina un Sapo. ¡*Tarán!* Las luces intermitentes titilaban en la carpa.

—¡Coronas de oro para todos! —dijo Judy. Esta vez, trataría a sus amigos como a la realeza—. Rocky, te coronó como Mago Real —dijo.

—¡Increíble! —dijo Rocky—. ¡Mi primer truco de magia será desaparecer esta galleta real!

ÑAM. ¡Se la comió!

—Frank, te coronó como Bufón Real —dijo Judy—. Siempre haces reír a todos.

—Me encantan los chistes. ¿En qué se parece una reina a una jirafa bebé? ¡En que *las dos son de alta cuna!*

Todos rieron.

Judy coronó a Jessica Finch.

—Tú eres la Real Guarda Secretos. *Guiño, guiño.*

—¿Haremos una carrera? —preguntó Amy—. Dijiste que a la reina le encantan las carreras de palomas.

—Nada de palomas —dijo Judy—. Pero aun así podemos hacer una carrera. Traje juguetes de cuerda. Amy Namey, te coronó como Escriba Real. Puedes escribir sobre la persona que gane la carrera.

—Acepto, Su Majestad —dijo Amy, y se inclinó para aceptar su corona.

—Te olvidaste de mí —dijo Stink—. No me des un trabajo apestoso como Real Destructor de Bichos o Real Cazador de Ratas, o algo.

—O *algo* —dijo Judy, y soltó una risita nerviosa—. Stink, te coronó como Real Guardián de los Relojes.

—Suená fácil.

—¡No lo es si trabajas para la reina y tienes que dar cuerda a mil relojes! —dijo Judy.

Jugaron el juego del pañuelo. Jugaron a adivinar qué había en la bolsa de la reina. Jessica sacó un viejo bolso de cuero.

—Imaginen que es una de las bolsas de la reina. Tiene como trescientas. Jugué este juego en el Castillo Wolff. Tengo una lista de las cosas que hay en el bolso de la reina. Ustedes tienen que adivinar cuáles son.

—¡Mentas! —dijo Amy—. La reina no puede tener mal aliento.

—Joyas de la corona —dijo Rocky.

—¡Raqueta de tenis! —gritó Stink.

—Bolsas de té —dijo Amy—. A la reina nunca puede faltarle té.



—¡Pañuelos! —dijo Judy.

—Una llave de la Torre de Londres —dijo Frank.

—Las mentas y los pañuelos son correctos —dijo Jessica, y sacó su lista—. La reina también lleva lentes para leer, galletas para sus perros corgi, un crucigrama, un abrecartas, y amuletos de la buena suerte. Además, un lápiz labial y un espejo.

—¡Guau! ¡Increíble! ¡Genial! —dijeron todos.

—Adivinen qué más. Ella usa su bolso para enviar códigos secretos. Por ejemplo, si lo pone sobre la mesa, significa que en cinco minutos será hora de irse.

—¡Chévere! —dijo Judy.

Por fin llegó la hora de la carrera. Judy sacó una caja de zapatos llena de juguetes de cuerda.

—Yo quiero el pollito —dijo Amy—. Es el que más se parece a una paloma.

—Yo quiero la reina —dijo Jessica.

Judy quería la reina, pero se la dejó a Jessica.

—Elijo el mono que salta la cuerda —dijo Judy.

—Mmm. Yo no me decido. ¿Debería elegir el ojo o el *sushi*? —preguntó Frank a los demás.

—¡*Sushi*! —dijeron Stink y Rocky al mismo tiempo.

—Entonces yo quiero los dientes que saltan y muerden —dijo Rocky.

—Yo quiero los pantalones —dijo Stink.

Judy y Rocky marcaron con cinta la línea de salida y la de meta.

—¡Es hora del Gran Campeonato Nacional de Juguetes de Cuerda del Lago del Sapo! —exclamó Judy—. ¿Dónde está nuestro Real Guardián de los Relojes? Da la señal, Stink.

Todos se arrodillaron tras la línea de salida. Dieron cuerda a sus juguetes y los sujetaron en su lugar.

—¡En sus marcas, listos, FUERA! —gritó Stink.

—¡Y arrancan! —exclamó Amy.

—¡Vamos, *sushi*! —gritó Frank.

—¡Vamos, pantalones! —dijo Stink.

—¡Tú puedes, reina Isabel! —gritó Jessica.

—El mono lleva la delantera —dijo Amy—. Oh, esperen. Se detuvo a saltar la cuerda.

—La reina y los pantalones van parejos —anunció Amy—. El pollito no se queda atrás y los sigue de cerca. Los dientes están dándole una buena mordida a la competencia.

—¡Date prisa, *sushi*! —urgió Frank.

—Ahora el *sushi* y el pollo van en último lugar. Los pantalones están dándole batalla a la reina. ¡Qué mal! Al mono se le acaba la cuerda. La reina y los pantalones siguen luchando por el oro. Esperen. Tenemos una situación. ¡Los pantalones han caído!

—¡No es justo! —dijo Stink, y volvió a levantar los pantalones—. La reina los tiró con su bolso.

—¡Vamos, reinita! —gritó Jessica.

—La reina y los pantalones llevan la delantera. La reina va un paso adelante. Parece que la reina está... esperen. La reina se detuvo a saludar. Los pantalones llevan la ventaja. Están cerca de la meta. Tenemos un ganador... Y son... los pantalones. ¡Los pantalones ganan!

—¡Lo lograron, pantalones! —gritó Stink—. ¡Ganamos! ¡Son los mejores!



Después de la carrera, todos bebieron té y comieron deliciosos pasteles.

Entonces, Missy, la paseadora de perros, pasó caminando con tres canes. Una era una corgi llamada Reina. No miento. Todos corrieron a acariciarla.

—Paso por aquí para entregarte una carta —le dijo Missy a Judy—. Llegó a nuestra casa por error y quise entregártela personalmente porque parece importante.

¿Una carta?

—¡Gracias! —dijo Judy—. Debe ser de Tori.

—No hay problema —dijo Missy—. Despídete, reina.

Rocky miró por encima del hombro de Judy.

—Es correo real —dijo.

—Con un sello postal real —dijo Frank.

—El remitente dice «Palacio de Buckingham». ¡Es de la reina! —exclamó Jessica, emocionada.

—¡Santo cielo! —dijo Judy.

Frank le puso su corona a Judy.

—Te coronamos como Real Lectora de Cartas.

—¡Léela! ¡Léela! ¡Léela! —entonaron todos.



Querida Judy Moody:

La reina desea que te agradezca por tu carta y amable mensaje. A la reina le dio gusto saber que estás haciendo un árbol genealógico. Su Majestad se sintió particularmente encantada por tu dibujo de la reina montando una mula; la hizo reír mucho. A la reina le encantan los caballos desde su primera clase de equitación con un *pony*, a los tres años.

En respuesta a tus preguntas 2 y 5, a la reina sí le resulta pesada su corona. Pesa 1.06 kilos (2.3 libras); ¡más que una bolsa de azúcar!

En segundo lugar, puedo decirte que la reina prefiere las galletas de chocolate y no el pastel de anguila (para evitar

eructos reales), aunque, por tradición, se sirvió pastel de anguila en su coronación.

Su Majestad aprecia mucho que pienses en ella, y me pide que te agradezca, una vez más, por escribir como lo hiciste.

Sinceramente,  
Jane Wigglebottom, la R. C. R.

¡R. C. R.!

¿Real Cazadora de Ratas? ¿La cazadora de ratas de la reina le escribió una carta?

—Mira. Dice R. C. R. —dijo Jessica.

¡No rompas tu promesa!

—Debe ser la Real Corresponsal de la Reina —dijo Jessica.

¡Uff! Fue el final perfecto para una fiesta perfecta. No fue *horribilus* en absoluto.

—Esta F. T. es F. T. —anunció Judy. Sus amigos la miraron raro—. Esta fiesta de té es fantástica, totalmente —explicó.

Stink alzó sus pantalones de cuerda.

—¡Sí que lo es! ¡Los pantalones son campeones!

—Lamento decírtelo —dijo Jessica—, pero eso no es bueno. En Inglaterra, exclamar ¡Pantalones! se refiere a algo muy malo. Espantoso. Patrañas totales. Creo que también significa *calzoncillos*.

—¿Ah, sí? —dijo Judy.

—¿Ah, sí? —dijo Stink.

—Sí que sabes de cosas británicas —dijo Judy.

—¡Esta fiesta está de calzoncillos! —gritó Stink.

¡Maravilla! Judy Moody, después de todo, tuvo una fiesta de té real. Y sí que fue espléndida. De lo mejor. ¡Digna de una reina!







MEGAN JO MCDONALD (nacida el 28 de febrero 1959) es una escritora estadounidense de literatura infantil, sus obras más populares hacen referencia a la serie de libros que se cuentan las historias de una niña de tercer grado llamada Judy Moody (escrito para los grados 2-4). McDonald también ha escrito muchos libros ilustrados para niños pequeños y continúa escribiendo. Su trabajo más reciente fue la serie *Julie Albright* de libros para la American Girl Doll del mismo nombre.

Procede de Pennsylvania y es hija de John y Mary Louise McDonald. Cada noche su familia se reunía para contar historias, su padre es una persona muy hábil en esta labor, y al ser la menor de sus 4 hermanas apenas podía aportar algo por lo que la llegaron a tachar de tartamuda. Debido a esto, su madre le regaló un cuaderno para que escribiese en él. Al ser ella la más joven de cinco hermanas, le sirvió de inspiración para *El club de Las hermanas*. Fue galardonada con un Bachelor Academic de Oberlin College en 1981 y un Master in Library Science de la Universidad de Pittsburgh en 1985. Megan McDonald comenzó su carrera como bibliotecaria para niños, en la Biblioteca Pública Carnegie de Pittsburgh, Minneapolis, y la biblioteca Adams Memorial en Latrobe, Pennsylvania. Su primer libro, *¿Es esto una casa de cangrejo ermitaño?*, se produjo como resultado de sus jefes que le pedían dónde podían

encontrar una historia que ella había contado en la biblioteca. McDonald actualmente está casada con Richard Haynes y vive en Sebastopol, California.